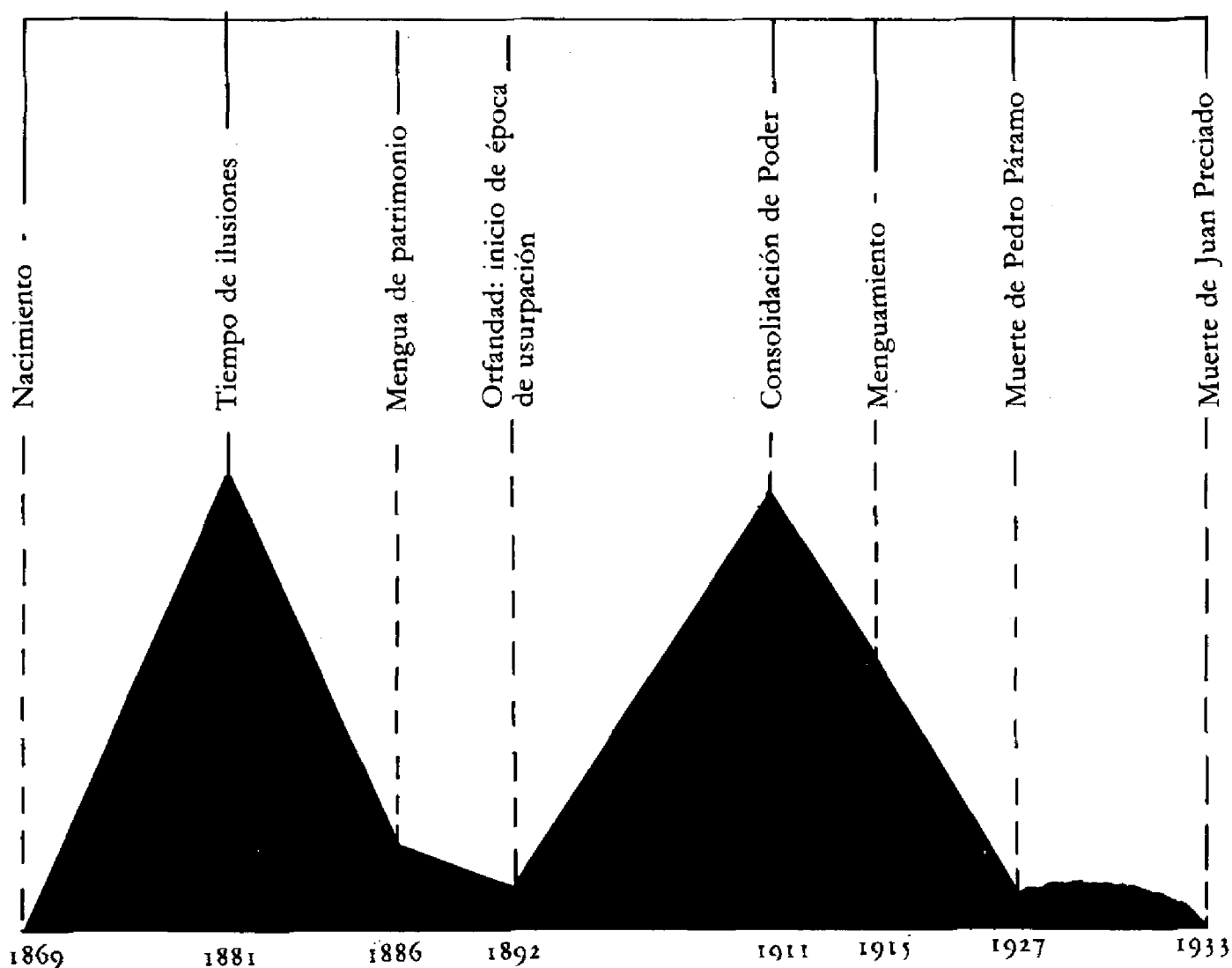


Vida de Pedro Páramo



La muerte de Susana San Juan no desata ninguna catástrofe cósmica; desata, eso sí, una tempestad (odio) en el corazón de Pedro Páramo, y con esta *lluvia de fuego* muere Comala. A primera vista, la reacción de Pedro Páramo y la resultante muerte de Comala parece basarse en un *malentendido* (por hacer fiesta de lo que debería ser duelo) y un *capricho* (por parte del herido Pedro). Parecería que de tanto vivir bajo el dominio de un cacique, el pueblo olvida lo que es la diversión, la risa, el regocijo colectivo (en *Al filo del agua* funciona el dominio eclesiástico, y la gente tampoco sabe divertirse, cargando siempre —frustrados y neurasténicos— la conciencia del pecado), y, confundido, termina festejando cuando es visitada por gente del exterior:

Comenzó a llegar gente de otros rumbos, atraída por el constante repique. De Contla venían como en peregrinación. Y aún de más lejos. Quién sabe de dónde, pero llegó un circo, con volantines y sillas voladoras. Músicos... Y así poco a poco la cosa se convirtió en fiesta. Comala hormigueó de gente, de jolgorio y de ruidos.

...fueron días grises, tristes para la Media Luna. Don Pedro no hablaba. No salía de su cuarto. Juró vengarse de Comala.

—Me cruzaré de brazos y Comala morirá de hambre.

Y así lo hizo. (SIV: 25 DN, pág. 120, 121).

Pero la Comala que se muere de hambre es aquella que se queda, «esperando que Pedro Páramo muriera, pues según decían les había prometido heredarles sus bienes, y con esa esperanza vivieron todavía algunos» (SIV: 2DN, pág. 84). Y Juan Preciado no es diferente —aunque, por ser hijo, tenga más derecho— a los que se llenan de ilusiones y hacen su mundo alrededor de la esperanza que es don Pedro. Los más, no obstante, se van de Comala:

Desde entonces la tierra se quedó baldía y como en ruinas... De allá para acá se consumió la gente; se desbandaron los hombres en busca de otros «bebederos» ...Nos dejaban encargadas sus cosas y su familia.

Luego algunos mandaban por la familia aunque no por sus cosas, y después parecieron olvidarse del pueblo y de nosotros, y hasta de sus cosas. Yo me quedé porque no tenía adónde ir. (SIV: 2DN, pág. 84).

Dorotea divide a Comala en dos grupos: los que se aventuran y van a otros lugares en busca de una mejor vida, y los que se quedan en Comala (los codiciosos o los que no tienen a dónde ir). Entre el espíritu de renovación y el espíritu de avaricia o inercia existencial está dividida Comala. Esta división entre la Comala estancada y la Comala en ebullición y éxodo es la expresión más concreta de los efectos de la Revolución en los destinos del país. Precisamente en SIV es donde emerge la Revolución, y ésta llega a Comala después de la muerte de Miguel Páramo (luminarias celestiales) y precedida por Susana San Juan proveniente de *La Andrómeda*. Nótese, a la vez, que los «revolucionarios» que llegan a Comala son semejantes a Pedro Páramo en cuanto a su rapacidad; por lo mismo, más astuto éste en tales juegos, no le perturban el sueño²¹. Y a falta de Fulgor, el *Tilcuate* se encarga de proteger los intereses de don Pedro²².

La llegada de Susana a Comala seguida luego por la *bola* equivale al *desquiciamiento mental* colectivo, a las emigraciones a pueblos vecinos con propósitos de robo y devastación. La Revolución no está en esto sino en el espíritu de empresa y en el querer mejorar la vida de los que hasta ese momento sólo conocían el yugo de un

²¹ Tan semejantes a la vez a los hombres que, por esos mismos años, siguen a Demetrio Macías, robando y envileciéndose. Azuela y Rulfo nos dan imágenes similares de la dimensión moral de los «revolucionarios», tales como Pedro Zamora quien, convirtiéndose en toro (bestialización figurada), juega y mata al administrador y al caporal de una hacienda del Cuastecomate (*El llano en llamas*); o Perseverancio y demás revolucionarios en *Pedro Páramo*, tan semejantes a la Pintada y sus comilitones en *Los de Abajo*. Según la Pintada, «¡Qué brutos...! Pos de dónde son ustedes...? De dónde vienen—Llega uno a cualquier parte y no tiene más que escoger la casa que le cuadre y ésa agarra sin pedirle licencia a naiden. Entonces, pa quién jue la revolución? ¿Pa los catrines? Si ahora nosotros vamos a ser los meros catrines... A ver, Pancrancio, presta acá tu marrazo...» (*Los de Abajo*, XIIa, reimpresión, México, Fondo de Cultura Económica, 1974, págs. 78-79).

²² Según el *Diccionario de Mejianismos*, *tilcuate* es una palabra azteca (*tlitic*, cosa negra, y *coatl*, culebra), y equivale a una «especie de boa... culebra acuática» (pág. 1046). Al llegar los revolucionarios a la Media Luna, invitados a cenar por Pedro Páramo, Fulgor ya ha sido asesinado por aquéllos; ahora, sin embargo, ha sido reemplazado por el *Tilcuate*, quien esa noche se limita a estudiar a los que andan en la *bola*. Pedro Páramo también escudriña los rostros, pero «No se le hacían caras conocidas. Detrasito de él, en la sombra, aguardaba el *Tilcuate*» (SIV: 13DN, pág. 100, nuestro subrayado). La víbora o serpiente muestra, una vez más, su proximidad semántica a Pedro Páramo, ya como medio de maldad o defensa (el *Tilcuate*) o como vástago (Miguel, de niño; ver SIII: 29DN, pág. 73).

Poder centralizado. En SIV tenemos, en fin, *dos caras* de la Revolución: aquella en que hombres de otra región se levantan en armas pero con las únicas intenciones de robar y destruir poblaciones vecinas (y el *Tilcuate*, incluso, cae luego en esta categoría), y la otra en que gente de poblaciones hasta entonces en casi total aislamiento (caso del pueblo bajo el padre Dionisio, en *Al filo del agua*; a la vez, cuán distinto del *Tilcuate* es Rito Becerra, personaje de la misma novela de Agustín Yáñez), de pronto se comunican con el exterior y brota la noción de cambio, renovación, a un nivel nacional. Y la muerte de Susana San Juan hace propicia esta *exteriorización* de Comala al ser visitada por fuereños:

Comenzó a llegar gente de otros rumbos, atraída por el constante repique... y aún de más lejos... y así poco a poco la cosa se convirtió en fiesta. Comala hormigueó de gente, de jolgorio y de ruidos. (SIV: 25DN, págs. 120, 121.)

Dada la importancia tanto de Miguel como de Susana en la vida de Pedro Páramo, no sorprendería que aquél marcara (con su muerte) el principio de la desintegración del *mundo* de Pedro Páramo y que Susana (con su muerte) fuera el correlato espiritual de este mismo mundo. La muerte de Susana, por consiguiente, funciona como la muerte espiritual de Pedro Páramo y lo que él representa. Creo que hay alguna validez en esta conjetura. Veamos la base de esto y para ello acudamos a un narrador omnisciente que se encarga de informarnos al respecto:

Al alba, la gente fue despertada por el repique de las campanas. Era la mañana del 8 de diciembre. Una mañana gris. No fría, pero gris. El repique comenzó con la campana mayor. La siguieron las demás... Pero el repique duró más de lo debido. Ya no sonaban sólo las campanas de la iglesia mayor, sino también las de la Sangre de Cristo, las de la Cruz Verde y tal vez las del santuario. Llegó el mediodía y no cesaba el repique. Llegó la noche. Y de día y de noche las campanas siguieron tocando, todas por igual, cada vez con más fuerza, hasta que aquello se convirtió en un lamento rumoroso de sonidos. Los hombres gritaban para oír lo que querían decir: «¿Qué habrá pasado?», se preguntaban. A los tres días todos estaban sordos. (SIV: 25DN, pág. 120.)

Estamos ante un problema interpretativo en el que, por razones metodológicas, me limitaré a lo más esencial. En primer lugar, este *estruendo* o *tañido desmesurado* es el correlato acústico de las luminarias celestiales que, por su parte, también se asocian con el *ruido* («—Miren no más —dijo Terencio— el borlote que se traen allá arriba», SIII, 5DN, pág. 33) y que a la vez son ocasión de interrogaciones y desquiciamiento, aunque de *signo opuesto*: en cuanto al *fenómeno cósmico*, la gente pregunta: «¿No será mala señal?» (pág. 33). Respecto al *fenómeno acústico*, la gente se pregunta: «¿Qué habrá pasado?» (pág. 120). Este, por tanto, marca un *hecho consumado*; aquél, inversamente, señala un *hecho por consumar*. Ambos fenómenos —valga la reiteración— encierran el doble aspecto que caracteriza la caída de Pedro Páramo (y de Comala): el *moral* y el *histórico*. Las estrellas caen a la Tierra en señal de castigo sobrenatural («había estrellas fugaces. Caían como si el cielo estuviera lloviznando lumbre», pág. 33); el estruendo de las campanas une Tierra y Cielo, invocando la presencia divina. El estruendo causa un desorden auditivo y temporal: todos ensordecen y pierden noción del día y de la noche por el continuo toque de las campanas. El lenguaje de un instrumento de